

DANTE PANZERI

EL HOMBRE DE LA VISIÓN DE RAYOS X

Dante Panzeri (1921-1978) fue un periodista deportivo justiciero y temible, quizás el más emblemático de su estirpe. Su figura hoy se agiganta, en la medida en que vislumbró, antes que nadie, la trama de corrupción que, desde aquel entonces, no ha dejado de crecer alrededor del negocio del fútbol, salpicándolo todo. Pelotas manchadas, intereses creados y complicidad mediática desfilaban por la ácida prosa de Panzeri, que hizo de la verdad un estilo y una conducta.

Matías Bauso

Es escritor, abogado y periodista.

Algunos de sus libros son:

Una épica de los últimos instantes, Dante Panzeri. Dirigentes, decencia y wines, El deporte en el cine y una voluminosa historia oral del Mundial de 1978.

Dante Panzeri murió en abril de 1978. En su entierro hubo poca gente y casi ninguna figura pública: ni colegas ni personas del mundo del fútbol. No había llegado a lo sesenta años pero parecía que llevaba más de medio siglo de profesión. Su intensidad, su voz persistente y única, habían logrado un paradójico doble efecto. Su credibilidad era absoluta: cada palabra que salía de su boca, cada línea que escribía era creída por el público, pero a la vez había generado hastío. La gente no quería escuchar más denuncias y los dueños de los medios de comunicación no deseaban tener en sus filas un periodista tan poco permeable a sus sugerencias. Algún dueño de un diario dijo que Panzeri tenía mucho prestigio y pocos lectores, que era mejor no contratarlo porque era impredecible. Panzeri era absolutamente predecible. Condenaría cada delito, cada acción incorrecta, cada movimiento contrario a la ética que divisara y pudiera probar, sin importarle quien haya sido el ejecutor.



La mirada de Panzeri

Empezó, muy joven, en *El Gráfico*. Cubría las carreras de ciclismo en ruta y natación. De a poco comenzó a cubrir el fútbol. Su voz se impuso con velocidad. Era una nueva mirada. No comentaba los partidos, hacía críticas de ellos como lo haría un cronista cinematográfico. Luego dirigió la revista durante más de cuatro años.

Se fue de allí (renunció de manera intempestiva, en realidad) un atardecer, luego de un River - Boca, en el que Constanancio Vigil hijo le trajo un suelto firmado por el entonces ministro de economía, Álvaro Alsogaray, hablando generalidades sobre el partido.

Panzeri se enfureció, tomó el saco del respaldo de su silla y se retiró de la redacción: el ministro de Economía no sabía nada de fútbol y nada tenía que hacer en medio de su nota ni en su revista. Justo, ese número de *El Gráfico* era histórico: el primero en tener una tapa de actualidad.

La foto de uno de los goles del domingo ocupaba la portada. No era para lamentarse que Panzeri se haya ido en el momento exacto en que empezaba la modernización de la revista. Él ya no tenía lugar en esos nuevos tiempos. Parte de esta puesta al día era escuchar y ser complaciente con el poder de turno. Luego trabajó en varios medios simultáneamente. Escribía entre siete y diez notas semanales, además de hacer radio y televisión. En los medios de Héctor Ricardo García encontró una popularidad abrumadora. *Revista Así*, *Diario Crónica*, Radio Colonia, Teleonce. Más tarde: *Satiricón*, *La Opinión*, la jefatura de deportes de *La Prensa* durante cien días, y la enfermedad. Ya agonizando, debió rechazar ofertas de las revistas *La Semana* y *Humor*. A pesar de eso, con el paso del tiempo fue perdiendo su lugar central.

De a poco fue raleado y perdiendo influencia, aunque él nunca se arredró ni modificó ni sus modos ni su mensaje.

Detectó el peligro de la connivencia de los «hinchas caracterizados» (proto barra bravas) con los dirigentes de los clubes, la injerencia de los gobiernos en la AFA, la nocividad de los representantes, los negociados armados bajo el escudo de la pasión.

Dante Panzeri fue el primero en Argentina en reconocer que el deporte tenía múltiples dimensiones. Que no se trata sólo de una competencia. Que el lema coubertiano del «más alto, más fuerte, más lejos»¹ ya no alcanzaba, no representaba lo que ocurría en las canchas y pistas modernas. Entendió que la política y lo comercial eran dos dimensiones que integran de manera inevitable el deporte profesional. Que reconociera su existencia no significa que las aceptara. Batalló durante décadas contra aquello que él pensaba que deterioraba el deporte. Hacer negocios con el deporte no le parecía mal. No condenaba algo inevitable. «Deporte y negocio no son antónimos, tampoco comercio y ética», escribió. Eso sí, consideraba indispensable que se salvaguardara el espíritu amateur. El espíritu deportivo debía primar aún en los híper profesionales. Las alertas de Panzeri se activaban cuando encontraba a alguien que subvertía los principios del juego.

Solo contra el mundo

Fue un pionero en eso de oponerse a poderosos. En esa lucha estaba casi solo. Algunos, con ingenuidad, no veían lo que se avecinaba. Otros, callaron o modificaron sus posturas para entrar en sintonía con el aire de época. La mayor virtud de Panzeri es que siempre se enfrentó con pesos pesados. Sus rivales, las personas y entidades que denunciaba, contra las que luchaba, eran River, Boca, la AFA, José María Muñoz, Alberto J. Armando, Valentín Suárez. No

¹ Esta frase fue pronunciada por el barón Pierre de Coubertin en la inauguración de los primeros Juegos de la Edad Moderna, celebrados en 1896 en la ciudad de Atenas.

se ensañaba con los débiles. Atacaba a aquellos que eran los dueños del juego, los principales culpables de la degradación que él se resistía a aceptar. Así a estos poderosos los podía definir, según el momento, como: cuatreros, prostitutas, contrabandista social, mafiosos, integrantes de una asociación ilícita, hipócritas, estúpidos, mal sanos demagogos, estafadores, delincuentes, demente, enfermo, energúmeno, casi digno de lástima o inmoral (todos estos epítetos están sacados de sus artículos).

Descubrió una matriz mafiosa en torno al deporte. Era el hombre de la visión de rayos X. Veía más allá que los demás. Detectó el peligro de la connivencia de los «hinchas caracterizados» (proto barra bravas) con los dirigentes de los clubes, la injerencia de los gobiernos en la AFA, la nocividad de los representantes, los negociados armados bajo el escudo de la pasión.

Se lo acusaba de pesimista. De amargo pesimista. Decían que sólo veía el lado oscuro de las cosas. Él decía que la distinción correcta no era entre optimistas y pesimistas, que las categorías a tener en cuenta eran las de mitómanos y realistas.

Esgrimía, no sin cinismo, que algunos creían que ser optimista era no ver lo que sucedía. Sus críticos también sostenían que Panzeri exageraba, que a todo lo negativo le deba mayor entidad de la que debía tener. Pero, una mirada desde el presente nos permite sostener que se equivocó muy poco en sus denuncias y en sus temores. El mérito de Panzeri es mayor porque detectó los inconvenientes y cada una de las desviaciones de lo que debe ser deporte, apenas comenzaron a manifestarse. Los ataca en estado embrionario.

La violencia en el fútbol, el fenómeno de las barras, el doping, los pasaportes adulterados, las apuestas deportivas, los balances fraudulentos de los clubes, los dirigentes amorales, las violaciones permanentes a las reglas, la anomia imperante en la AFA, la utilización del deporte con fines meramente demagógicos por parte de los gobernantes de cualquier signo. También lo llamaban “alarmista”, pero lo cierto es que estaba en estado de alerta. Los mismos problemas y similares agentes del mal actúan en la actualidad, en escenarios más complejos y con consecuencias totalmente agravadas. La clave, quizá, radique en que poseía una innata incapacidad para subestimar delitos, engaños, trampas y negligencias.

El tiempo le dio la razón. No era necesario esperar que las barras bravas ejecutaran cientos de homicidios y se convirtieran en asociaciones ilícitas para denunciar sus delitos, ni que se convirtieran en el brazo armado de dirigentes deportivos y políticos. El problema estuvo ahí desde su nacimiento. Y Panzeri lo vio y lo expuso.

Fue el único que lo hizo.

Entendió que la organización de los violentos debía condenarse, que no era folklore y pasión, y que en un futuro podrían llegar a adquirir las dimensiones que ostentan en la actualidad.

Yo acuso

Sus acusaciones e imputaciones siempre fueron concretas y contundentes. No veía otra manera de preservar su objeto amado, el deporte. Encuentra grandes responsables en los dirigentes y en los funcionarios públicos. Ellos son los que tienen el peso del deber de hacer cumplir las normas, de legislar en caso de lagunas, de mantener alejados a los delincuentes. Los presidentes de la AFA, los interventores (los gobiernos nacionales de facto intervenían la AFA), los presidentes de Boca, de River, ministros, secretarios y subsecretarios cayeron bajo su pluma. Los persiguió, los sojuzgó, los calificó con la mayor dureza, les recordaba que incumplían con sus deberes. Los puso en evidencia ante la sociedad. No les temía, les enrostraba su impericia o su venalidad según el caso.

Panzeri ataca posiciones, poderes, delitos enraizados en las bases del deporte. A cada crítica, a cada denuncia, le corresponde un nombre. A las mafias se las ataca con datos concretos, no con generalidades. También cada crítica venía acompañada de una propuesta. Generaba alternativas. Las fundamenta, las difunde, las publica, pelea por ellas. No se detenía en la denostación. Sus propuestas no siempre eran eficaces. Muchas veces pecaban de ingenuas.

Dante Panzeri publicó dos libros. No eran tiempos de libros periodísticos, por ese entonces las editoriales tampoco confiaban en recopilaciones de textos publicados en diarios y revistas. Se los veía como dos mundos disociados. Por un lado los libros, por el otro, lo que se vendía en los kioscos. Eran pocos los periodistas que publicaban. El primero, el más famoso, es *Fútbol, dinámica de lo impensado*. Un trabajo de crítica cultural. Tal vez, el primer texto que elabora una idea alrededor del fútbol, una teoría del juego. Allí, Panzeri establece algo que podemos llamar *La teoría del Jugador* (parafraseando a la teoría del autor). El otro libro, publicado en una pequeña editorial a principios de la década del setenta, es *Burguesía y gangsterismo en el deporte*, un contundente alegato contra todo aquellos que desvirtúa el deporte, una frondosa recopilación de sus críticas a los diferentes estamentos del deporte profesional. La denuncia, la corrupción, la complacencia, los dirigentes y los funcionarios, la podredumbre, la cruel realidad.

El título, con su barroquismo, expone la visión del

periodista. El *gangsterismo* hace obvia alusión a las mafias que habitan en el mundo del deporte. Esa alusión, esa asociación que hoy es inmediata y natural, era muy novedosa en el momento de la aparición del libro. Panzeri descubre los modos de la mafia. El silencio, la compra de voluntades, la violencia, los grupos de choque, lo ilegal, los mundos paralelos, los padrinos (de Valentín Suárez a Grondona, al que por fortuna no llega a ver en el poder).

Otra característica propia era la desmesura. Todo lo ejercía con autoridad e intensidad, aún cuando el evento no lo ameritara; si ponía su foco en ello, toda su potencia, toda su ira recaería sobre ella. Valiera o no la pena, no ejercía jamás la tentación de la indolencia. Esa es otra diferencia sustancial con varios de los periodistas deportivos de renombre de la actualidad, quienes muchas veces despliegan su oficio en piloto automático. Panzeri era intenso e intrépido. Odiaba con todo su corazón a los dóciles, a los complacientes, a los indolentes. Combatía el periodismo cómplice que parecía bobalicon, pero que en realidad era muy peligroso.

Todo esto lo decía (escribía) en una prosa enrevesada y farragosa, profusa, agresiva y musculosa. Su escritura no es sencilla de seguir hoy, acostumbrados a un periodismo más liviano e impersonal. Pero si uno se encuentra con un párrafo suelto de cualquier nota de Panzeri, identifica a su autor de inmediato. Tenía un estilo propio, con un lenguaje personal y acorde a los modos de su pensamiento. Un periodista deportivo con estilo, con su propia voz. Jamás es elusivo, indirecto u oblicuo.

Cuando califica elige con cuidado las palabras a utilizar. No lo hace para agraviar, sino para actuar con justicia, para insultar con precisión a quien lo merece. No hay timidez en sus adjetivaciones. Tampoco piedad. El quiebre que produce es la incorporación de un nuevo lenguaje periodístico por su visión, por su función y por estructura.

La capacidad de Panzeri para vislumbrar lo que vendrá tiene como origen su falta de complacencia, no una mágica clarividencia. Tenía una pulsión (torrencial, inmanejable) por la verdad. Sus libros y artículos periodísticos permanecen. Superaron el paso del tiempo. Honestos, portadores de verdades, resistieron el paso del tiempo más allá de los detalles coyunturales. Son un mensaje en una botella. Lanzados al mar, alguien, en algún momento, los recogerá y podrá ver que siguen teniendo utilidad.

Panzeri no se equivocó. Desgraciadamente, todo aquello que vislumbró se convirtió en realidad. El mal se agudizó, se derramó por todas partes. Con sus errores, con sus desmesuras, el mensaje de Panzeri sigue teniendo una dolorosa actualidad. ■